Pedro de Angelis

Relación que ha hecho el indio paraguay, nombrado Hilario Tapary, que se quedó en el Puerto de San Julián, desde donde se vino por tierra a esta ciudad de Buenos Aires

El día ultimo de marzo, o primero de abril de 1753, que fue a los 15 o 16 días de haber salido el bergantín, nombrado San Julián, del Puerto de San Julián en su primer viaje, en los cuales hubo frecuentes lluvias, se acercaron a la isla como 200 indios, y con la bajamar pasaron al rancho que tenían hecho los tres hombres que se quedaron, e inmediatamente empezaron a tomarse todos los bastimentos que tenían, de bizcocho, yerba y tabaco, y deshicieron los barriles de carne salada, tocino y agua para aprovecharse sólo de los arcos de fierro, arrojando la carne y tocino, y después se fueron. -26- Al día siguiente volvieron a acabar de llevar lo poco que había quedado, juntamente con la ropa que tenían fuera de su cuerpo; y aunque el dicho Hilario confiesa que no conoció en los indios acción ni inclinación de querer hacer daño a su persona, antes bien al contrario, pues los indios le manoseaban a él y a su compañero, sin atreverse ni querer quitarle ropa alguna de la que tenían puesta, con poca reflexión determinó salir de aquel paraje con otro (su compañero) indio chino, llamado José, por miedo que no le matasen, por no tener ya cosa alguna que tomar de su rancho. A que se agregó, que el gallego, nombrado Santiago, a la primera vista de los indios se fue ocultamente y sin decir nada, de miedo de ellos, tirándose a escapar por la parte opuesta de ahí a donde habían avistado los indios, sin saber lo que se hizo. Viéndose en estas confusiones, por último se resolvió a salir de aquel paraje con su compañero José, y lo ejecutó por la noche, tomando el rumbo para venirse a Buenos Aires por la costa del mar; y por ella vinieron caminando a pie sin

ninguna providencia, mas que unos avíos de encender fuego, y dos perros pequeños, los cuales solían cazar algunos zorrillos y otros bichos con que trabajosamente se alimentaban. Pero lo más penoso era la falta de agua dulce, por lo que a la orilla del mar hacían cacimbas, con lo que se humedecían las bocas, pues lo salado de ella les permitía beber muy poco, porque se les seguía mayor daño; como le sucedió al nombrado José, que por haber bebido algo más se enfermó, de modo que a las tres semanas de haber caminado en esta forma, quedó tan aniquilado que no pudo proseguir, por más que le animaba Hilario, siendo la mayor pena su excesiva sed, pues tenía la boca sin la más leve humedad.

El Hilario se detuvo allí dos días, por ver si por aquel contorno encontraba alguna agua dulce para refrescarle, pero no lo pudo conseguir; y viendo el mal estado de su compañero, y sin poderle remediar, porque no le sucediese otro tanto, determinó dejar a su compañero con bastante sentimiento, llorando tan fatal suceso, y tomó su derrota, con sus dos perros; y a los tres días encontró una laguna pequeña rodeada de porción de guanacos que habían consumido toda el agua, dejando sólo la humedad entre el lodo, y llegó tan fatigado que se consolaba con poner la boca sobre aquella humedad, que no obstante le sirvió de algún corto alivio. Habiéndose acercado un poco más a la orilla del mar, consiguió matar un lobo marino con un palo que llevaba, y luego se bebió la sangre de él, que le supo muy bien, y haciendo su fuego se lo comieron entre él y sus perros, y el pellejo se lo sacó en disposición que le pudiese servir para echar agua. Y siguiendo su camino, a los dos días llegó a donde había un manantial pequeño, en el cual se refrigeró él, y -27- sus dos perros, y discurriendo poder socorrer a su compañero le pareció inútil, pues le contemplaba ya muerto; por lo que llenó el cuero de lobo de agua, siguiendo su rumbo, que regularmente era como media legua distante del mar, manteniéndose con varios animalitos y bichos que él y sus perros tomaban, y bebiendo cosa corta del agua que llevaba en el cuero para conservarla. Así fue caminando, hasta que encontró un brazo de mar que se internaba un poco, en donde había porción de lobos marino, con lo que él y sus perros saciaron su hambre y sed, y de ahí fue siguiendo, con la pensión de faltarle el agua, porque toda la que hallaba era salada, aunque estaba en lagunas algo distante del mar y siguiendo varios días sin comer porque nada se encontraba, uno de los dos perros corrió una bandada de avestruces, y se alejó tanto que se perdió, cuya falta le sirvió de congoja, pues le contemplaba como compañero, y que por él remediaba algunas veces sus necesidades. Y por último halló unas matas que tenían una especie de fruta redondita y negra, con lo que se mantenía trabajosamente; y aunque bajaba a la costa a su pesca de lobos marinos, ya no los había. Pero caminando algún tiempo, encontró un riachuelo de agua dulce que se internaba tierra adentro, bastante angosto, pero con mucha corriente y hondo, y a la boca que hacía el mar tenía poca agua; no obstante no lo pudo vadear, y encontrando en sus orillas muchos maderos de sauces secos, que se conocía eran traídos de adentro con la corriente, pudo lograr echar uno de ellos al agua, embarcándose en él con su perro, y lo pasó, costándole algún trabajo por la corriente.

A la orilla de este río había algunos sauces pequeños, y habiéndose refrescado, siguió su derrota; y a una semana de haber caminado, avistó

unas serranías muy altas, ásperas e intransitables, desde tierras adentro hasta la orilla del mar, de modo que para salir de su aspereza se bajó a la playa, y cuando bajaba el agua, caminaba; cuya estación le duró dos semanas; y aún después caminaba por el campo, avistaba algunas sierras pequeñas y montes, encontrando también algunos montecitos de un árbol, nombrado chañar, cuyas frutas, aunque muy escasas, solían templar su hambre, ayudado con su poca pesca y otros bichitos del campo que podía lograr; pues ninguno reservaba, por inmundo que fuese, porque para él todo le era comida delicada y gustosa, siendo lo peor y más trabajoso que le faltaba algunas veces; pues asegura que en la estación de su viaje se le pasaban ya los cuatro, ya los seis días sin comer ni un bocado, en lo que se afirma muy de cierto y aún le parece que hubo, temporada de dos semanas. Pero como es un indio tan poco experto no se le ha podido averiguar el tiempo fijo que tardaba en las estaciones de un tránsito a otro, sin saber hacer cuenta ni por días, ni por semanas, ni por meses, ni por lunas. Y así al cabo de estas estaciones, que no sabe el tiempo -28- que tardó, pues unas veces dice que serán dos meses, otras tres, y otras uno, llegó a un río de agua dulce muy caudaloso, que lo halló yendo desviado de la costa como cinco leguas, e ignora la situación hacia la boca del mar, pero asegura que será muy grande por ser el río muy ancho y caudaloso. Apenas se acercó, cuando vio venir a sí dos indios a caballo en sus lanzas, con cuya vista pensó ir a ver la de Dios; pero llegándose los indios a él, le cogieron de los brazos, preguntándole ¿qué hacía por aquellos parajes? -según demostraban por las señas. Pero ni uno ni otro se entendían, y al fin permitió su fortuna que se acordasen que era de la especie humana, pues sea por esto, o porque le vieron hecho un esqueleto de flaco y consumido, siendo por su naturaleza bien fornido, se condolieron de él, y mostrándolo lo condujeron un poco más adelante, en donde había como unos 20 toldos de indios con sus familias de mujeres y hijos, y le recogieron en unos de los toldos, y le daban de comer avestruz, venado y caballo que son sus manjares, y le daban de sus cueros para que se tapase y durmiese, por ser la estación muy fría por las heladas que cayan. De este modo lo pasaba razonablemente, hasta que logró restablecerse, poniéndose capaz de andar a caballo, e ir con ellos a cazar y correr yeguas cimarronas, que ya había algunas; y después de algún tiempo dispusieron pasar el río los indios con las familias, y lo ejecutaron a nado en unas pelotas de cuero, en donde se ponían ellos con sus mujeres y sus hijos, y dentro ponían los toldos, que son de cueros de caballos, y con guascas, o cuerdas de cuero amarradas de los caballos, que tienen muy especiales para pasar el río, se echaron, las pelotas y pasaron todos con felicidad a la otra batida, y allí volvieron a acamparse, siendo su ejercicio el cazar avestruces en venados y otros bichos y animales para comer, pasándose muchísimo tiempo en jugar, perdiendo cueros de caballo que se ganaban los unos a los otros, y no se reconoció que hubiese ningún cacique entre ellos, pues todos igualmente mandaban y tenían sus pendencias, y a veces había varias muertes. También solían ausentarse 6 u 8, y después de algún tiempo venían con caballos que, según se reconocía, los hurtaban de otros indios, y algunas veces no venían todos los que fueron, por lo que se comprendía que eran muertos por los enemigos. Éstos solían venir a su campo, y también se llevaban caballos, que regularmente

sucedía de noche; y este modo de vivir observó todo el tiempo que estuvo entre los indios, que no puede decir cuanto, pero diré que experimentó mucho frío y mucho calor en varios tiempos y parajes, durante el tiempo que estuvo con los indios. Pues, después que estuvieron algunos días a las orillas de aquel río, se mudaron a otro paraje, siempre buscando las aguadas para sí y sus animales, y caza con que mantenerse en lagunas o arroyuelos; que nunca volvieron a encontrar más río, y fueron muchas las mudadas que hicieron los indios de sus toldos; pero como se reconocía que se acercaban a las campañas de Buenos Aires y -29- como ninguno de los indios se metía con él para hacerle daño, se mantuvo entre ellos y sólo les preguntaba la distancia que habría hasta la costa del mar; y unas veces le parecía que estaría como 6 u 8 o 10 leguas, y otras se dejaba ver desde lo alto de algún cerro. Por fin llegaron a las cercanías de estas campañas, y él lo reconocía por la abundancia que había de yeguas cimarronas de que se mantenían; y un día se destacaron 12 indios, y preguntó, aunque por señas, porque nunca se entendieron, ¿qué destino llevaban?, y pudo comprender que venían a las campañas de Buenos Aires, y les dio a entender que él los quería seguir, y no se lo impidieron. Y tomando su caballo mancarrón, viejo, que desde el principio lo dieron, se enderezó a seguirlos; y rezagándose vino la noche, y dejó el rumbo, tomándole hacia la costa del mar, que caminando toda aquella noche y el medio día siguiente, se puso en ella, y a las orillas de un pequeño riachuelo, con algunos sauces, a su sombra sesteó; y a hora de vísperas vio venir a él un indio a caballo que le dio bastante susto, pero el tal indio era de la gente del cacique, que nombran don Nicolás Bravo, quien de paz comunica y comercia con esta ciudad.

Llegó pues el indio adonde estaba nuestro Hilario, haciendo juicio que el caballo era uno que se le había perdido y lo andaba buscando; y habiéndose podido entender un poco, porque el indio hablaba en castellano, con mucho gusto lo acarició, y le dijo que se viniese con él que pronto lo pondría en Buenos Aires. Y tomando su camino, poco después de haber anochecido, se hallaron en una toldería que era la del indio y gente del cacique Bravo, que estaba situado en el paraje que llaman el Zanjón, en donde fue bien recibido, y aquella noche mataron el caballo de Hilario y fue la cena que tuvieron; y no dejó de extrañarlo, pues mal correspondía el recibimiento que le habían hecho, y el matarle su caballo. Pero al día siguiente por la mañana le dieron otro caballo muy bueno, y pidió que le diesen de comer carne de vaca, y se la trajeron, y lo mismo hicieron en los 15 ó 20 días que estuvo con ellos.

Estos indios le preguntaban por sus compañeros que se habían quedado en San Julián, pues tenía encargo de don Domingo de Basabilbaso para recogerlos y conducirlos a Buenos Aires, y les había ofrecido que los regalaría, y que algunos de ellos habían estado en su casa, con motivo de ser tesorero de guerra, y en ella se les suministraba la yerba y tabaco, y el Señor Gobernador los regalaba por ser amigos, hermanos y de paz; (que éstas eran sus palabras) y con esta ocasión les había agasajado y hecho sentar en sillas, encargándole mucho los cuatro hombres; los tres de su voluntad, y un negro huido, que su navío dejó en el Puerto de San Julián; y así le dijeron, que siempre que quisiese irse a Buenos -30- Aires, que se lo diese para darle lo necesario. Después de dicho tiempo dijo

Hilario que se quería venir, y le dieron un buen caballo y lo trajeron convoyado de cuatro indios hasta un fuerte que está en las fronteras de las estancias de esta ciudad, adonde le entregaron, con encargo de que le condujesen, como así se ejecutó. Llegando a esta ciudad el día 6 de enero de este presente año de 1755, en donde se halla con ánimo de volverse a embarcar para el tráfico de la sal y descubrimiento de la costa, y a pedimento de don Domingo de Basabilbaso, hizo esta declaración en Buenos Aires, a 12 de enero de 1755, y no firmó por no saber escribir.

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

_____

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal** www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**. www.biblioteca.org.ar/comentario

editorial del cardo